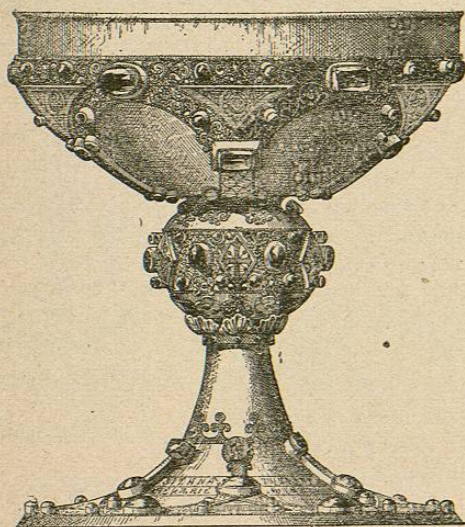


es porque carecen de fuerza.» Inmediatamente se inició, según parece, la derrota de los alamanes, quienes, al ver que su rey había sucumbido, suplicaron á Clodoveo: «No prosigas la matanza de nuestro pueblo; desde hoy somos tuyos (1).» Una parte de los vencidos pidieron asilo al poderoso rey de los ostrogodos de Italia, Teodorico, que los recogió. Tal vez hubo posteriormente otra expedición, porque Teodorico en 506 intervino en su favor cerca de Clodoveo. Los alamanes dejaron de ser un peligro para la Galia: arrojados á la orilla derecha del Rhin, hubieron de abandonar hasta el valle del Rhin y una parte del del Neckar, refugiándose algunos de ellos en Rhetia, en el reino de Teodorico. En lo sucesivo y



Cáliz llamado de San Remigio, que se conserva en la catedral de Reims

por muchos siglos han terminado las invasiones de Este á Oeste, y muy pronto los francos pasarán, á su vez, el Rhin y comenzarán á extender su dominación en la Germania.

Clodoveo, después de la victoria, se somete á la dirección espiritual de Remigio; sin embargo, un temor le contiene todavía: ¿le desaprobará su pueblo? Si hemos de dar crédito á la edificante versión de Gregorio de Tours, cuando aquél consulta á los francos, éstos exclaman: «Abandonamos los dioses mortales, piadoso rey, y estamos dispuestos á seguir al Dios inmortal que Remigio predica.» El obispo prepara el bautizo; las plazas de Reims y la iglesia están adornadas con 496 ricos tapices; en el baptisterio, decorado con esmero, arde el incienso y brillan los cirios. Clodoveo se arrodilla: «Sicambro, dice Remigio, dobla humildemente la cabeza, adora aquello que has quemado y quemado aquello que has adorado.» Junto con él reciben el bautismo tres mil guerreros (Navidad de 496).

Tal fué el acontecimiento que más que ningún otro influyó en los destinos de la Galia, y cuando Gregorio de Tours compara, en este concepto, á Clodoveo con

(1) Este relato de Gregorio de Tours ha sido muy discutido; Schubert, *Die Unterwerfung der Alamannen unter die Franken*, 1884; Vogel, *Chlodowig's Sieg über die Alamannen und sein Tauf*, *Zeitschrift* de Sybel, 1886; Krusch, *Chlodovech's Sieg über die Alamannen*, *Neues Archiv*, 1887. En mi concepto, debe conservarse en su conjunto con la fecha en él indicada.

Constantino, no se equivoca. Respecto así del uno como del otro se ha discutido si la conversión era sincera, si en ella había tenido la política más parte que la fe, pero los actos humanos rara vez obedecen á un solo móvil. El carácter maravilloso de los relatos evangélicos y el esplendor de las ceremonias religiosas excitaron la imaginación de Clodoveo; el poder de la Iglesia y el papel que sus obispos desempeñaban le decidieron á hacer causa común con el catolicismo. Al principio, sólo una porción muy pequeña de los francos imitó su ejemplo; los que estaban establecidos en las regiones del Norte y del Este permanecieron fieles á sus dioses.

La conversión de Clodoveo no modificó su carácter; la suave y pacífica moral del Evangelio no le tocó el corazón. Según parece, el mismo día del bautizo y mientras Remigio leía el evangelio de la Pasión, el rudo caudillo franco exclamó: «Si yo hubiese estado allí con mis francos, habría vengado á Cristo.» Desde entonces, en aquellos pueblos heréticos que ocupaban la mayor parte de la Galia persiguió á sus enemigos y á los de Cristo.

Los católicos comprendieron en seguida la importancia de su victoria: enfrente de los reyes arrianos Teodorico, Gondebaudo y Alarico, Clodoveo era su rey. En lo sucesivo, en toda la Galia fueron aliados suyos los obispos; el jefe del episcopado de Burgundia, el ilustre Avito, se apresuró á felicitarle, diciéndole: «Vuestra adhesión á la fe es nuestro triunfo,» y excitándole á que propagara el catolicismo entre los pueblos bárbaros más apartados «que todavía no han sido corrompidos por las doctrinas heréticas.» Así hablaba aquel de quien Gondebaudo había hecho uno de sus más entendidos consejeros, y añadía, aludiendo claramente al rey burgundio, á quien en vano había tratado de convertir: «Muchos, cuando los obispos ó sus amigos les exhortan á creer en la verdadera fe, alegan las tradiciones y los ritos de su pueblo, comprometiendo su salvación por una falsa vergüenza. Después del ejemplo que acabáis de dar, tales pretextos ya no deben ser invocados (2).» Gondebaudo era, sin embargo, de carácter bondadoso y tolerante, pero su neutralidad benévola no bastaba á la Iglesia: ya anteriormente Aprúnculo, obispo de Langres, que inspiraba poca confianza á los burgundios, se había refugiado en Auvernia, y otros dos obispos, súbditos de Gondebaudo, Teodoro y Próculo, siguieron á Clotilde, la cual les indemnizó haciéndoles nombrar obispos de Tours.

III.—Guerras contra los burgundios y los godos

Desde aquel momento Clodoveo puede atacar á los burgundios y á los godos, pues el episcopado le asegura las poblaciones galo-romanas. En Burgundia explota la ambición del hermano de Gondebaudo, Godegisilo, quien para conquistar á Clodoveo le promete pagarle tributo. Clodoveo dirígese á Burgundia y Gondebaudo sale á su encuentro, acompañado de Godegisilo que ha sabido mantener secretas sus intrigas, y en cuanto se traba la batalla cerca de Dijón, en las márgenes del Ouche, Godegisilo con sus tropas se pasa á los francos

(2) Al lado de la carta de Avito citábase en otro tiempo la del papa Anastasio á Clodoveo. Julián Havet, *Questions mérovingiennes*, 1885, y tomo I de sus *Obras*, 1896, ha demostrado que esta última era, por lo menos, muy sospechosa.

asegurándoles de este modo la victoria. Gondebaudo se refugia en Aviñón, en donde le sitia Clodoveo; el rey burgundio parece perdido cuando, según una narración legendaria, un sabio consejero, el romano Aridio, finge hacerle traición y se pasa al bando de Clodoveo, y una vez ganada la confianza de éste, le decide á conceder la paz á Gondebaudo mediante un tributo anual. Mas apenas se retiran los francos, el burgundio pone sitio á Vienne, en donde se ha instalado Godegisilo y penetra en la ciudad por un acueducto: Godegisilo es asesinado, la guarnición franca que allí dejara Clodoveo es destruida al país de los visigodos y vuelve á ser dueño de su reino Gondebaudo, quien, para atraerse á los galo-romanos, mejora la suerte de los mismos por medio de leyes aún más benignas, y para conquistar á los obispos finge estar dispuesto á dejarse convertir (500-501).

Más decisiva fué la guerra por el lado de los godos: á pesar del esplendor del reinado de Eurico, la lucha entre aquéllos y los francos era desigual. Los godos, perdidos entre poblaciones galo-romanas y aislados de la Germania, se debilitaban en el suelo del Mediodía; en cambio, los francos, mientras avanzaban por la Galia, permanecían en comunicación con las regiones del Mosa, del Mosela y del Rhin, en donde aún residían la mayoría de sus pueblos, y sacaban de allí contingentes siempre frescos.

El hijo de Eurico, Alarico II, que llegó al poder siendo todavía muy joven (485), era incapaz de continuar la obra de su padre; queriendo evitar la guerra, celebró, en una fecha que se ignora, una entrevista con Clodoveo en una isla del Loira, cerca de Amboise, comiendo y bebiendo juntos y prometiéndose amistad. Pero la cuestión religiosa impedía toda paz duradera. «Muchas gentes de la Galia, dice Gregorio de Tours, deseaban tener por señores á los francos.» Alarico no se fiaba de los obispos: Volusiano, obispo de Tours, de quien se sospechaba que quería la dominación franca, fué retenido en Tolosa, en donde murió; su sucesor Vero fué como él desterrado, y en Rodez, el obispo Quintiano, acusado por los godos de que se proponía traicionarles, huyó á Clermont. Alarico, sin embargo, asociaba á los obispos á la composición de la compilación de leyes, del *Breviario* que en 506 hacía 506 redactar para los galo-romanos, y les concedía autorización para reunirse en concilio en Agda, en donde al comienzo de las sesiones «oraban de rodillas á fin de que Dios concediera á Alarico un largo y próspero reinado;» pero en la mayoría de ellos estos deseos oficiales no podían ser sinceros.

Figuraba entonces al frente de los pueblos góticos Teodorico, el rey de los ostrogodos, el cual por un lado procuraba, con singular talento, restablecer el orden en Italia, restaurar el culto romano y conquistarse las simpatías de las antiguas poblaciones, y por otro trabajaba para ejercer, mediante alianzas políticas ó matrimonios, una especie de patronato político sobre los pueblos germánicos. Habíase casado con Audofleda, hermana de Clodoveo, y había casado á una de sus hijas, Ostrogoda, con el hijo de Gondebaudo, Segismundo; á otra, Teudigoda, con Alarico; á su hermana Amalafreda con Trasamundo, rey de los vándalos; y á su sobrina Amaloberga con Hermanefrido, rey de los thuringios. Pero

Clodoveo, convertido al catolicismo, era un rival de quien no se fiaba. Cuando supo que Alarico volvía á estar amenazado, intervino en la contienda para inducirle, lo mismo que á Clodoveo, á someter sus diferencias á los príncipes de su familia, y escribió á Gondebaudo y á los reyes de los hérulos, de los thuringios y de los varnes: «Que Clodoveo renuncie á atacar á los visigodos y se conforme con el derecho de gentes ó, si desprecia nuestro arbitraje, que haya de luchar con nosotros. Se le ofrece entera justicia, ¿qué más quiere? En verdad que el que quiere obrar fuera de la ley se prepara á conmover los reinos de todos.» Pero en aquel entonces Teodorico bastante tenía que hacer para defenderse contra la hostilidad del emperador, y sus consejos no fueron escuchados.

La guerra que Clodoveo declaró á los godos fué una guerra de religión. «Me disgusta mucho, decía, que esos arrianos detenten una parte de la Galia; vamos á ellos, con la ayuda de Dios, y después de haberles vencido, extendamos nuestra dominación sobre su territorio.» Para ello, asegúrase la alianza y el concurso de Gondebaudo, y el rey de los francos de Colonia, Sigeberto, le envía tropas mandadas por su hijo Cloderico.

Desde que se pone en marcha, Dios guía su ejército y combate con él, al decir de las leyendas que no tardaron en propalarse. En Turena, Clodoveo ordena que sean respetados los bienes de las iglesias y mata á un soldado que ha robado heno á un pobre aldeano: «¿Cómo podemos esperar vencer, dice, si ofendemos á San Martín?» En recompensa, el santo le predice la victoria. Cuando los enviados francos penetran con sus presentes en la basílica de San Martín, el primiciero de los chantres entona este versículo profético de los Salmos: «Señor, me has ceñido de valor para la guerra y me has sometido á los que se elevaban contra mí.» Más adelante, cuando Clodoveo llega á orillas del Vienne engrosado por las lluvias, una cierva enviada por Dios le indica un vado; y encima de la basílica de San Hilario de Poitiers brilla un globo de fuego que alumbró su marcha.

Trábase la batalla de Vouillé, cerca de Poitiers. ¿Emprendieron los godos la fuga, como dice Gregorio de Tours? No se sabe á punto fijo; pero lo que sí es cierto es que Alarico murió á manos de Clodoveo, el cual, á su vez, pudo á duras penas escapar del ataque de dos jinetes enemigos. Los arvernios, mandados por Apolinario, hijo de Sidonio Apolinario, sucumbieron en gran número, y entre ellos muchos miembros de familias senatoriales (507). Clodoveo prosiguió su expedición victoriosa, y mientras su hijo Thierry, 507 pasando por Albi y Rodez, fué á someter á la Auvernia, él se apoderó de Tolosa y del tesoro real gótico, sometió luego la Aquitania é invernó en Burdeos, siendo muy probable que en muchas ciudades las poblaciones católicas le abrieron las puertas.

Gregorio de Tours ha deducido de estos acontecimientos la consecuencia moral tal como sus contemporáneos la concebían: «Clodoveo, que se adhirió al dogma de la Santa Trinidad, arruinó, merced á ésta, á los herejes y extendió su dominación por toda la Galia; Alarico, que lo negó, fué despojado de su reino, de su pueblo y, lo que es más grave, de la vida eterna. El Señor protege á los que creen en él, y aun en el caso

de que sus enemigos les hagan sufrir alguna pérdida, se la restituye centuplicada; los herejes no sólo no realizan ganancia, sino que pierden todo lo que tienen.» Ni Clodoveo ni sus guerreros podían tener idea clara de la Trinidad, y el mismo Gregorio de Tours no es más que un mediano teólogo; pero en aquellas frases se demuestra ya el odio ciego é implacable á la herejía que ensangrentará la Edad media.

Clodoveo regresó como triunfador á Tours, la ciudad santa de la Galia en aquella época, en la que se realizó un suceso memorable. «Clodoveo recibió del emperador Anastasio el diploma de cónsul, y en la basílica de San Martín revistióse la túnica de púrpura y la clámide y ciñó su cabeza con una diadema; después recorrió á caballo la distancia que separaba el atrio de la basílica de la iglesia de la ciudad, arrojando al pueblo monedas de oro y de plata. A partir de aquel día se le denominó Cónsul y Augusto (1).» (Gregorio de Tours.) En lo sucesivo, Clodoveo aparecía á los galo-romanos como delegado del emperador y, por ende, como representante de aquel orden de cosas antiguo que en medio



Monedas de Teodorico

de los disturbios de aquel tiempo seguía siendo la expresión del derecho: sus conquistas quedaban, pues, en cierto modo legítimas.

Sin embargo, Teodorico, que no había podido auxiliar á tiempo á su yerno, quiso, por lo menos, contener el avance de los francos y burgundios en el Sudeste de la Galia, y con este objeto decidió, en 509, enviar allí un ejército mandado por el duque Ibbas. La liberación de Arlés es el episodio más conocido de aquella lucha, que se prolongó durante muchos años: francos y burgundios sitiaban la plaza; los visigodos que la defendían y los judíos acusaron al ilustre Cesáreo, obispo de la misma, de estar en inteligencia con el enemigo y quisieron darle muerte. Probóse, sin embargo, su inocencia; mas, á pesar de la caridad de que dió pruebas, seguía siendo sospechoso á los arrianos. Más tarde fué arrestado y conducido á Rávena, en donde se justificó delante de Teodorico, recibiendo presentes que empleó en el rescate de cautivos. El sitio de Arlés fué levantado después de una gran victoria de Ibbas, recobrando los godos también Narbona, de la que se había apoderado Gondebaudo. Teodorico, dueño de la Provenza, procuró hacerse aceptar por las poblaciones y á este efecto concedió perdón de impuestos á los habitantes de los Alpes Cottios, que habían sufrido graves quebrantos con el paso de su ejército, y á la ciudad de Arlés, y se esforzó en reparar, con gran número de disposiciones, los males de la guerra. Además, administraba la Septimania en nombre del hijo de Alarico, Amalarico, que sólo contaba cinco años á la muerte de su padre y que se había refugiado en España.

(1) En vano se ha tratado de disminuir el valor de este texto. El sabio que mejor conoce las instituciones romanas, Mommsen, *Ostgotische Studien*, en el «Neues Archiv», 1890, lo acepta salvo en dos puntos: que Clodoveo no pudo ceñir la diadema más que como rey y que el título de Augusto debió arrogárselo él mismo.

IV.—Fin del reinado de Clodoveo

Así en la guerra contra Alarico como en la guerra contra los alamanes, los francos de la región renana habían hecho causa común con los guerreros de Clodoveo, á pesar de lo cual éste quiso convertirles en súbditos suyos. Su rey, Sigeberto, residía en Colonia; Clodoveo envía secretamente mensajeros á Cloderico, hijo de aquél, diciéndole: «Tu padre ha envejecido y cojea; si muriese, su reino sería tuyo y con él tendrías nuestra amistad.» Entonces Cloderico hace asesinar á su padre un día en que, cazando en la selva Buconia, hallábase durmiendo en su tienda, y una vez consumado el crimen dice á Clodoveo: «Mi padre ha muerto; tengo su reino y sus tesoros; envíame mensajeros que escogerán presentes para ti.» Cuando éstos llegan, enséñales el arca en donde Sigeberto guardaba su oro, y mientras por indicación de ellos mete la mano hasta el fondo del mueble, uno de los emisarios le mata de un hachazo. Llega después Clodoveo y reuniendo al pueblo refiere á su gusto lo ocurrido y le dice: «De todo esto soy inocente; yo no puedo derramar la sangre de mis parientes porque está prohibido; pero ya que el hecho se ha consumado, os aconsejo que os dirijáis á mí á fin de estar bajo mi protección.» Los oyentes aprueban sus palabras dando gritos y chocando entre sí sus armas, y proclaman rey á Clodoveo alzándolo sobre el pavés.

En Cambrai reinaba Ragnacar, que con sus excesos había irritado al pueblo por él gobernado; Clodoveo soborna á sus leales, regalándoles brazaletes y tahalíes de bronce dorado, y luego marcha contra él. Hecho prisionero con su hermano Ricar, Ragnacar es llevado á presencia de Clodoveo, el cual le dice: «Has humillado á nuestra familia dejándote encadenar; más valía morir,» y de un hachazo le mata. Después, dirigiéndose á Ricar, le increpa con estas palabras: «Si hubieses defendido á tu hermano, no le habrían encadenado,» y le mata también. Los traidores, en tanto, ven que no han recibido sino objetos de bronce, y se quejan de ello: «Este es el oro que corresponde á los que hacen traición á sus amos, les contesta Clodoveo; ténganse por muy dichosos con vivir, no sea que les hagan pagar su infamia con los tormentos.» Otro hermano de Ragnacar, Rignomer, fué ejecutado en Mans por orden de Clodoveo. El rey franco Cararico había observado una conducta dudosa durante la guerra contra Siagrius; Clodoveo, valiéndose de una estratagema, se apodera de él y de su hijo, los hace tonsurar y los ordena de clérigos. Cararico lloraba su desgracia, la pérdida de sus largos cabellos, insignia de la realeza: «Este follaje, le dice su hijo, ha sido cortado en un árbol verde todavía y volverá á brotar rápidamente; que con igual rapidez perezca quien tales males nos ha causado.» Clodoveo se entera de estas palabras y les hace dar muerte, apoderándose de sus tesoros y de su pueblo (2).

Clodoveo había, pues, extendido su autoridad sobre los pueblos francos merced al asesinato de sus parien-

(2) En estos relatos hay algo de leyenda, pero nada demuestra que no se apoyen en hechos reales. Han afirmado algunos que varios de estos asesinatos debían corresponder á fechas anteriores al bautismo de Clodoveo; pero aunque la cronología de los mismos es oscura, no existe razón alguna decisiva para no dar crédito á Gregorio de Tours que los pone al final del reinado.

tes, á pesar de lo cual lamentábase un día delante de sus leales, diciendo: «¡Desgraciado de mí que vivo como un viajero entre extranjeros! Si sobreviene la adversidad, no tengo pariente alguno que pueda ayudarme.» El historiador añade: «Pero hablaba así por astucia, á fin de saber si quedaba alguno á quien pudiera matar.» El episcopado agradecido, en vez de censurar esos asesinatos, veía en ellos la mano de la Providencia que trabajaba por el triunfo del catolicismo y premiaba en Clodoveo á un soldado fiel: «Dios, dice Gregorio de Tours á propósito de la muerte de Sigeberto y de Cloderico, destruyó cada día á sus enemigos con sus golpes y aumentaba su reino porque avanzaba con el corazón recto y ejecutaba sus voluntades.»

Clodoveo es, en efecto, el rey de los obispos: les pide consejo, construye templos y protege á San Vaast que, elegido obispo de Arrás, trabaja por la restauración del cristianismo en el Norte de la Galia. Los últimos acontecimientos de su reinado atestiguan esta estrecha alianza. Después de la guerra gótica, dirige á los obispos una carta por la cual toma bajo su protección los bienes de la Iglesia y las personas que de ésta dependen, y se preocupa de todos aquellos que, en el transcurso de aquellas luchas, han sido hecho cautivos. En 511

reune á los obispos del reino en Orleans, y en ese concilio en el que figuran los metropolitanos de Burdeos, de Eauze, de Tours, de Bourges y de Ruán, se discuten las cuestiones propuestas por Clodoveo, y se acuerda que «sin orden del rey ó consentimiento del magistrado,» nadie puede ser ordenado sacerdote, excepción hecha de los hijos, nietos y bisnietos de clérigos. El rey es ya el dispensador de los beneficios eclesiásticos, y á él se dirigen los sacerdotes; el concilio decide que no podrán ir á encontrarle si no llevan cartas de recomendación de sus obispos. Cuando están redactados los cánones, los obispos los someten á «su señor, hijo de la Iglesia católica, el muy glorioso rey Clodoveo,» cuyo celo en pro de la religión ensalzan, y á quien suplican que, en caso de aprobar sus decisiones, las confirme con su superior autoridad y asegure su ejecución. De modo que, á los ojos de la Iglesia, el rey hereda los derechos que se habían arrogado los emperadores cristianos, y ella misma es la que le insta para que dé á su poder un carácter absoluto y sagrado.

Terminada la guerra gótica, Clodoveo se había establecido en París: la admirable situación de esta ciudad, poco importante todavía, en la que ya había residido el emperador Juliano, permitía al rey vigilar á la vez los antiguos territorios francos del Norte y sus nuevas conquistas. Allí murió en 511, siendo enterrado en la iglesia de los Santos Apóstoles que había edificado con Clotilde y que fué después el templo de Santa Genoveva. Clotilde se retiró á Tours, cerca del santuario de San Martín.

El poder que Clodoveo ejerció al final de su reinado presenta un doble aspecto. Para los francos, este personaje es el caudillo valiente cuyos luengos cabellos indican estirpe regia y á quien siguen gozosos; Clodoveo, á su vez, respeta sus gustos y sus instituciones, á las cuales, como veremos más adelante, da forma de derecho escrito. Por otra parte, por su astucia, violencia y crueldad, sigue siendo hasta su muerte un verdadero bárbaro. A los ojos de las antiguas poblaciones, es un magis-

trado reconocido por el emperador, amigo del episcopado y encargado de defenderlas, de gobernarlas y de asegurarles la observancia de sus leyes. Su administración, sin embargo, no carece de unidad: los pueblos á quienes gobierna no tienen funcionarios particulares, sino que en una circunscripción el mismo conde manda á los galos y á los bárbaros; la monarquía franca tiende á asegurar su poder absoluto sobre unos y otros, y las victorias sobre otros pueblos alcanzadas por Clodoveo contribuyeron á enseñorearle más del pueblo franco.

V.—La ley sálica y la sociedad franca

Un documento precioso, la ley sálica, nos da á conocer la sociedad franca de fines del siglo V (1). Según un prólogo que más tarde se puso á la ley, ésta fué redactada, al parecer, por vez primera cuando «la nación de los francos, gloriosa, teniendo á Dios por autor, valiente en las armas, fiel en la paz, profunda en el consejo, noble y bella de cuerpo,» estaba todavía en la «barbarie;» pero fué revisada después que el «brillante y hermoso Clodoveo» hubo recibido el bautismo. «¡Viva Cristo que ama á los francos!, añade el autor del prólogo. ¡Proteja su reino, infunda en sus jefes la luz de su gracia, vele por su ejército, fortalezca su fe, otórgueles la alegría y la felicidad! Porque este pueblo, fuerte y valiente, es el que ha sacudido de su frente el yugo durísimo de los romanos, el que después de su conversión ha cubierto de oro y de piedras preciosas los cuerpos de los santos mártires que los romanos habían quemado, decapitado y entregado á las dentelladas de las fieras.»

Peró el testimonio de este prólogo poético tiene un valor muy incierto y la redacción más antigua que de la ley se conoce no es anterior al tiempo en que los francos acababan de extenderse hasta el Loira. Este pueblo, mezclado con otros que tenían leyes escritas, quiso también tenerlas. Se ha supuesto, aunque sin pruebas suficientes, que antes de esta redacción en un latín bárbaro, había habido otra en lengua franca cuyos restos serían ciertos vocablos germánicos (*glosas malbérgicas*) conservados en la ley. Respecto de la palabra «sálica,» aplícase ciertamente al pueblo franco acudido por Clodoveo.

(1) Entre las numerosas ediciones de la ley sálica, véanse las de Pardessus, 1843; Hessels y Kern, 1880; Geffcken, 1898, etcétera. Además de las obras anteriormente citadas, véanse: Waitz, *Das alte Recht der Salischen Franken*, 1846; Sohm, *Der Process der Lex Salica*, 1867, traducida en la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes,» 1873, y *Die fränkische Reichs- und Gerichtsverfassung*, 1871; Schröder, *Die Franken und ihr Recht*, en la «Zeitschrift der Savigny Stiftung,» 1881; Fahlbeck, *La royauté et le droit francs*, 1883; Thonissen, *L'organisation judiciaire, le droit pénal et la procédure pénale de la loi salique*, segunda edición, 1882; Lamprecht, traducción Marignan, *Etudes sur l'état économique de la France*, 1889; Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte*, 1887; Beauchet, *Histoire de l'organisation judiciaire en France*, 1886; Esmein, *Cours élémentaire d'histoire du droit français*, 1901, nueva edición; Viollot, *Précis d'histoire du droit français*, 1886, é *Histoire des institutions politiques et administratives de la France*, 1890.—Respecto de las glosas malbérgicas véase sobre todo un trabajo de van Helten en los *Beiträge zur Geschichte der deutschen Sprache*, de Sivers, 1900, y d'Arbois de Jubainville, *Nouvelle revue historique de Droit*, 1902.